

This is the **published version** of the article:

Úcar, Xavier; Colectivo, JIPS, ed. «Prólogo : Del "es lo que hay" a lo que "debería o podría haber"». A: Desafíos para la educación social en tiempos de cambio. Propuestas de trabajo para la intervención socioeducativa. Vol. 1 Núm. 1 (2018), p. 19-31. 12 pàg. Aljibe ediciones.

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/251173>

under the terms of the  **IN**
COPYRIGHT license

Referencia: Úcar, X. (2018). Prólogo: Del “*es lo que hay*” a lo que “*debería o podría haber*”. Pp. 19-31. En Colectivo JIPS (2018). **Desafíos para la educación social en tiempos de cambio. Propuestas de trabajo para la intervención socioeducativa**. Málaga: Ediciones Aljibe

PRÓLOGO: DEL “ES LO QUE HAY” A LO QUE “DEBERÍA O PODRÍA HABER”

No llegaremos muy lejos sin hacer que regresen del exilio ideas como el bien público, la sociedad buena, la equidad y la justicia; esas ideas que no tienen sentido si no se las cultiva colectivamente. (Bauman, 2002, pag. 16)¹

¿Porqué la sociedad parece ser incapaz de crear formas de solidaridad consciente que puedan generar una ruptura del sistema y comenzar de este modo procesos de autonomía colectiva? (Berardi, 2017, p. 249)²

El mundo que nos ha tocado vivir es un mundo complejo. Una sociedad globalizada se mezcla y se mixtura con los ámbitos locales en los que vivimos. Nuestros contextos vitales, aquellos en los que se desarrolla nuestra vida cotidiana, son espacios de alta complejidad donde es difícil distinguir lo que depende específicamente de nosotros y nuestras acciones, de aquello que nos viene impuesto, explícita o implícitamente, por la política, por el mercado o por las interacciones entre ambos.

Vivir en estas sociedades *glocalizadas* supone lidiar cotidianamente con situaciones o problemáticas vitales –sean personales, grupales o comunitarias- que se derivan de las políticas neoliberales que rigen nuestras sociedades y nuestras vidas. Unos marcos neoliberales que tratan de mantenernos permanentemente confinados y satisfechos en este “*palacio de cristal*” (Sloterdijk, 2007)³ que es la sociedad de consumo; una sociedad que parece ser capaz de dar respuesta a todas nuestras necesidades e intereses.

Un *mundo interior del capital* (Sloterdijk, 2007) en el que somos llevados a construir unas vidas, que pueden ser más o menos confortables, pero que están dedicadas al consumo y a la experimentación y disfrute de diferentes tipos de experiencias. Un mundo clausurado y supuestamente seguro y autosuficiente al que solo se permite acceder a las personas, grupos y organizaciones que disponen del suficiente poder adquisitivo.

¹ Bauman, Z. (2002). *En busca de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.

² Berardi, F.B. (2017). *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*. Buenos Aires: Caja Negra.

³ Sloterdijk, P. (2007). *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Siruela.

En la actualidad esto es algo fehacientemente demostrado por todo un conjunto muy diverso de situaciones que buena parte de nuestros políticos tienden a ignorar o a menospreciar de manera sistemática. Entre ellas, los conflictos y las guerras en activo, que contribuyen a engrosar día a día las filas de los desheredados; las cada vez más frecuentes y cercanas situaciones de exclusión y pobreza de personas y colectivos; y, por último, la tragedia de las personas y familias refugiadas que intentan acceder, a menudo jugándose la vida, a nuestro “*palacio de cristal*”. Ni siquiera el hecho de tener trabajo parece garantizar como antaño el poder disfrutar de una vida digna en nuestras sociedades desarrolladas. Badiu (2013) lo expresa con una claridad meridiana cuando apunta que *el capitalismo es la animalización de la bestia humana que ahora vive solo en función de sus intereses y de lo que a su entender le corresponde* (p. 53)⁴.

Vivimos en unas democracias cada vez más secuestradas por una alianza entre las élites políticas y económicas, que se produce a espaldas y a expensas de la ciudadanía. La política y el capital se aúnan en un fenómeno social que se ha generalizado en buena parte de nuestras sociedades en las últimas décadas. Ha sido caracterizado como las *clases o las élites extractivas* (Robinson y Acemoglu, 2012)⁵. Una alianza que posibilita, en diversos contextos institucionales, la implementación de sistemas generalizados, y a menudo sistemáticos, de apropiación de bienes. Una *captura de rentas* que les permite, sin necesidad de crear riqueza, sustraer el poder y el patrimonio, privado o público, de la ciudadanía en beneficio propio. Los muy numerosos casos de corrupción política, que se multiplican en la mayoría de países, son un claro ejemplo de estas prácticas.

En este mundo neoliberal que nos envuelve, todo nos lleva a pensar que nuestra vida, liberada de los antiguos compromisos de clase social y de cualquier responsabilidad colectiva o comunitaria, depende enteramente de nosotros mismos y de lo que seamos capaces de hacer y de experimentar. Los éxitos y los fracasos personales no tienen nada que ver o, expresado de una manera más precisa y rigurosa, no se ponen en relación, como tan solo unas décadas atrás, con las estructuras sociales y culturales en las que se producen. Más bien al contrario, son apuntados con culpabilidades o autocomplacencias hacia los propios individuos; hacia nosotros mismos. El contexto y las estructuras socioculturales en las que se desarrollan nuestras vidas son así liberados de cualquier responsabilidad en lo que somos y en lo que hacemos. Ese es el mensaje que el sistema neoliberal imperante nos está llevando, cada vez de manera más descarada e impune, a interiorizar.

Los procesos de exclusión social que se están produciendo en nuestras sociedades han venido a complementar en unos casos y a sustituir en otros a los procesos de explotación, que heredamos de las sociedades industriales. Honneth (2011)⁶ se refiere a los procesos de *individualización institucional* que se están generalizando en las organizaciones en estos últimos años. Unos procesos que han quebrado el vínculo social y están relegando a muchas personas, familias y comunidades a situaciones de soledad,

⁴ Badiu, A.; Tarby, F. (2013) *La filosofía y el acontecimiento*. Buenos Aires/Madrid: Amorrurtu Editores.

⁵ Cit. Ramis, A. (2017). *Bienes comunes y democracia. Crítica del individualismo posesivo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

⁶ Honneth, A. (2011). *La sociedad del desprecio*. Madrid: Trotta.

aislamiento e indigencia. Estos procesos pretenden entorpecer o evitar la capacidad autoorganizativa de los grupos, promoviendo la acción individual y evitando que las personas y colectivos compartan sus experiencias particulares de injusticia. Desde el punto de vista de Honneth dichos procesos *paralizan la capacidad de articulación, que es la condición de una tematización de la conciencia social de injusticia que tenga consecuencias* (2011, p. 64).

Entre las diferentes descripciones o atribuciones hechas a nuestras sociedades actuales quizás es la denominación de *sociedad del rendimiento* la que mejor expresa los procesos de movilización y aceleración constante a los que nos vemos sometidos en los asuntos de nuestra vida diaria. Han, (2012)⁷ afirma que uno de los principales logros del neoliberalismo ha sido el de hacernos interiorizar al explotador. Como ya anticipara Foucault (2007)⁸, nos estamos convirtiendo en *empresarios de nosotros mismos*: a un tiempo productores y producto. Nosotros somos nuestros propios explotadores. Y ya ni siquiera nos queda la opción de exteriorizar nuestro malestar con la situación que estamos viviendo, puesto que todo nos quiere inducir a pensar que el rostro que nos oprime es nuestro propio rostro; que somos los únicos responsables de lo que nos pasa.

Es posible que, efectivamente, nuestra vida, dependa lo que seamos capaces de hacer, pero como apunta Bauman (2002) la *agenda de opciones* disponible está predeterminada y el propio sistema se encarga de que asumamos la idea de que a día de hoy no hay alternativas viables para escapar de dicha agenda.

Ir “*muy cargado de trabajo*” y “*no disponer de tiempo para nada*” parecen ser los lemas de la normalidad en las sociedades del nuevo milenio; cualquier otro planteamiento tiende a levantar sospechas sobre aquel que lo sostiene. Obviamente esto solo es así para los habitantes del “*palacio de cristal*” capitalista (Sloterdijk, 2007). Si formamos parte de los excluidos somos, como crudamente señaló Bauman (1998)⁹, “*los estructuralmente superfluos*”: personas, grupos y comunidades que no cuentan para el sistema y que, si lo hacen, parecen ser utilizados más como coartada política o empresarial para redimir o tranquilizar conciencias, que para una búsqueda real y comprometida de una solución definitiva para las problemáticas que sufren.

Para completar el cuadro de esta breve panorámica de lo que constituye lo social en las comunidades y sociedades de este inicio de milenio es necesario plantear, por último, los usos cada vez más normalizados de las tecnologías de la comunicación y la información. A través de ellos desarrollamos aspectos recientes de nuestra sociabilidad. El ciberespacio es el nuevo territorio en el que experimentamos y normalizamos formas actualizadas de relación social y cultural. *Messenger, Whatsapp, Facebook, Wordpress, Twiter, Blogger, Linkedin, Instagram* y, en general, las redes sociales; la web 2.0 -la llamada *internet de las personas*- y, por último, la web 3.0 -la llamada *Internet de las cosas*-, son algunos exponentes actuales de estas novedosas socialidades; de estas nuevas maneras de ser social.

⁷ Han, B-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

⁸ Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.

⁹ Bauman, Z. (1998) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.

Estas tecnologías, que en la actualidad habitamos más que usamos, están contribuyendo a modificar de una forma radical nuestras formas de vida y de relacionarnos. A través de los móviles personales y de las redes sociales estamos permanentemente abiertos a la comunicación; disponibles para aquello que esta sociedad hiper-conectada nos dicte, sea en relación a la familia y amigos, al trabajo, al ocio o, en general, a nuestra vida privada o pública. La variedad, multiplicidad e ingente cantidad de ideas y de normas sobre lo que hay que hacer, lo que conviene, lo que es apropiado y lo que hay que pensar, fluye por las redes digitales que constituyen e intersectan nuestras vidas cotidianas. Esto es así a tal punto que hay quien se refiere a nuestro tiempo como una *época de movilización total* (Ferraris, 2017, p. 109)¹⁰ que resulta equiparable a una situación militarizada.

Ferraris utiliza el acrónimo *ARMI: Aparatos de Registro y Movilización de la Intencionalidad* para referirse al conjunto de dispositivos tecnológicos que están continuamente reclamando y obteniendo, de manera inmediata a cualquier hora del día o de la noche, nuestra atención y nuestra acción (móviles, internet, tabletas, etc.). Este autor sostiene, contrariamente a lo que se suele pensar, que solo una parte muy pequeña de la realidad social es construida. *La realidad social* –afirma- *no es algo que los actores decidan forjar, sino más bien algo que evoluciona según una dinámica autónoma que termina por forjar a los actores sociales* (2017, p. 140). Hay que apuntar, sin embargo, que este autor no considera las ARMI únicamente como elementos de alienación, sino que piensa que pueden jugar en positivo si somos capaces de usarlas para transformar y mejorar la vida de las personas y las comunidades. En cualquier caso, lo que resulta evidente es que todos estos elementos nos llevan a plantearnos qué significa ser social en estas sociedades desarrolladas de la segunda década del nuevo milenio. Va ser la respuesta que demos a esa pregunta la que va a guiar las acciones de la pedagogía y la educación social.

Uno de los mensajes más claramente defendidos por las fuerzas neoliberales, en estos marcos socioculturales, físicos y virtuales, en los que habitamos, es que no existe una opción de vida alternativa a la que nos plantea el sistema capitalista. Y hay que apuntar que éste parece ser un mensaje plausible, dada la capacidad del capitalismo para fagocitar e integrar –una vez domesticada- cualquier tipo de acción, respuesta, innovación o rebelión que pudiera ponerlo en entredicho. La frase “*es lo que hay*”, repetida hasta la saciedad en nuestros días, es el estandarte de la resignación, de la aceptación acrítica, de la renuncia a buscar, a probar, a exponerse, a intentar. Representa, en ese sentido, una conformidad que, desde lo que supone educar en y para lo social, resulta absolutamente inaceptable.

Quizás haya que comenzar señalando que “*lo que hay*” puede ser el punto de partida, pero en ningún caso un punto de llegada para la acción socioeducativa, sea esta personal, grupal o comunitaria. Aceptar “*lo que hay*” es conformarse y resignarse a lo que se considera necesario e inevitable. Pensar, imaginar y vislumbrar “*lo que podría o debería haber*” es abrir el mundo de los posibles (Garcés, 2002)¹¹, proyectar el futuro e iniciar el camino por el que pretendemos ir haciéndolo realidad. Ese ha sido el impulso

¹⁰ Ferraris, M. (2017). *Movilización total*. Barcelona: Herder.

¹¹ Garcés, M. (2002). *En las prisiones de lo posible*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

y la vocación de la educación y la pedagogía desde que hicieron su aparición como estrategias para acompañar y ayudar a las personas en sus procesos de habitar su mundo sociocultural y vivir su vida de la manera más digna y mejor posible.

Desenmascarar las realidades que se nos presentan como necesarias e inevitables es, probablemente, uno de los principales retos que una pedagogía y una educación social actualizadas e identificadas con un tiempo tan complejo como el nuestro tienen que asumir. Porque solamente cuando pensamos que podemos hacer algo; que nuestras acciones y proyectos son posibles y viables, podemos realmente comprometernos con ellos y con su realización. La convicción profunda de que siempre hay espacio para el cambio y para la mejora; la confianza incondicional en las posibilidades y las capacidades de las personas, los grupos y las comunidades; y la seguridad, por último, de que no hay nada escrito y de que todo puede estar por escribir, por inventar o por descubrir, constituyen el ADN de la pedagogía y la educación social.

Una pedagogía y educación social que actúan con la infancia, con la juventud, y con las personas adultas y mayores, independientemente de las situaciones vitales en las que se encuentren, porque creen que puede existir un futuro más digno y mejor para todas ellas. Un futuro donde *lo Común* sea individual y colectivamente defendido como un requisito y una garantía, de presente y de futuro, para la libertad de las personas y comunidades. Un futuro que puede ser construido desde los pequeños gestos y las acciones cotidianas del presente. Una pedagogía y educación social que parten de “*lo que hay*”, pero que ni se resignan ni se conforman. Más bien al contrario, actúan codo con codo con las personas, los grupos y las comunidades, en sus propios contextos socioculturales de vida cotidiana, para luchar y construir “*lo que podría o debería ser*”.

Quizás, como he sostenido en otro lugar, lo común sea una nueva manera de nombrar o entender lo social en estas sociedades de inicio de milenio. Los valores que sostienen y defienden los movimientos que abogan por lo Común coinciden, en buena medida, con los que tradicionalmente han fundamentado las acciones e intervenciones de la Pedagogía social y la Educación social. La redistribución de la riqueza; la justicia social, económica y política; la liberación de las personas de las situaciones de opresión; la autoconstrucción y autoorganización comunitaria; y el respeto y cuidado del entorno y de lo que es de todos, por lo que no puede pertenecer a nadie en particular, son actitudes y valores que encarna la educación social como profesión. *Tener conciencia de lo Común –señala De Cabo – demanda un futuro no ya como destino, sino como cambio y, por consiguiente, se vincula también a la utopía entendida no como construcción ideal, sino como potencialidad racional del presente* (2017, p. 16)¹².

Todo esto para enmarcar este libro que les presento. Un libro que nace en el marco de la Sociedad Iberoamericana de Pedagogía Social (SIPS). La SIPS es una sociedad científica que agrupa a académicos, profesionales y estudiantes, de la península Ibérica y de Latinoamérica, interesados en el campo académico y profesional de la Pedagogía Social y la Educación social. Es una sociedad científica con más de 35 años de historia y con una muy abundante trayectoria de investigación y publicaciones. A principios del 2016

¹² De Cabo, C. (2017). *El común. Las nuevas realidades constituyentes desde la perspectiva del constitucionalismo crítico*. Madrid: Trota.

celebramos los 30 años de existencia de nuestra revista, *Pedagogía Social. Revista interuniversitaria*. La trayectoria de nuestra Sociedad viene avalada por la celebración de 30 seminarios interuniversitarios; 4 Jornadas monográficas y 4 Congresos Iberoamericanos: (Chile, 2004); (Portugal, 2007); (Brasil, 2011); y (Méjico, 2015).

Hay que decir, sin embargo, que ni el protagonismo ni la autoría de este libro lo tiene la SIPS. Hace seis años los y las jóvenes que formaban parte de la Sociedad Iberoamericana de Pedagogía Social decidieron organizarse. La idea era dotarse de una voz propia y singular que les permitiera no solo constituirse como un interlocutor válido en el marco de nuestra Sociedad, sino también, generar un grupo de reflexión, investigación y acción que trabajara en los diferentes ámbitos de intervención e investigación que configuran el amplio y heterogéneo campo disciplinar y profesional de la educación y la pedagogía social.

Se acostumbra a decir que la juventud es el futuro. Me parece, sin embargo, que afirmar eso es negar a los jóvenes un espacio en el presente e, indirectamente, decirles que tengan paciencia, que todavía no ha llegado su tiempo. Ese ha sido tradicionalmente el discurso que las generaciones adultas hemos utilizado para frenar el empuje de la juventud.

No conformarse, no resignarse a la aceptación acrítica de lo que hay, estirar la realidad y las normas para llevarlas al límite, para probar su flexibilidad y resistencia, ha sido siempre una característica de la juventud. Cioran (1988)¹³ decía que los jóvenes son fanáticos por definición y que no conocía a nadie que antes de los 30 años no hubiera padecido la fascinación de todas las formas de extremismo. Es ese espíritu abierto, arriesgado, emprendedor y proyectivo de la juventud el que la SIPS quiere poner en valor. Un espíritu que me parece indispensable para enfrentarse, con alguna esperanza de éxito, a las complejidades de nuestro tiempo y a su aparente falta de alternativas.

El libro que se disponen a leer es un libro que tiene la frescura de la juventud y que destila confianza en las posibilidades de la educación social para construir un futuro que sea, al mismo tiempo, respetuoso, sostenible, habitable y digno.

Xavier Úcar

Presidente de la Sociedad Iberoamericana de Pedagogía Social

Enero. 2018

¹³ Cioran, E.M. (1988). *Historia y utopía*. Barcelona: Tusquets.

